

Seis curiosidades de *El juguete rabioso*

Fernando Sorrentino

1. Lucha entre un fabricante y un propietario

En mis tiempos de alumno del Colegio Nacional Nicolás Avellaneda (1956-1960), *El juguete rabioso* (1926), de Roberto Arlt, no era libro de lectura escolar. De manera que, por mi cuenta y riesgo, compré y leí en esos días la edición de la Biblioteca Contemporánea, de la Editorial Losada. Unos años más tarde adquirí los dos tomos (1963) de sus *Novelas completas y cuentos*, que acababan de ser publicados en Buenos Aires por la ahora extinta Compañía General Fabril Editora, y entonces regalé no sé a quién el anterior librito anaranjado.

En la página 37 (de la edición de Fabril) leemos:

Enrique tenía catorce años cuando engañó al fabricante de una fábrica de caramelos, lo que es una evidente prueba de que los dioses habían trazado cuál sería en el futuro el destino del amigo Enrique.

En esta oración, cuyo rabo es espejo de su cabo, hay una inexactitud léxica. Pues un *fabricante de una fábrica de caramelos* no es *a)* «una persona que fabrica caramelos» sino *b)* «una persona que fabrica una fábrica de caramelos». Pero, sin duda, Arlt no quiso expresar *b)* sino *a)*, a saber:

Enrique tenía catorce años cuando engañó al propietario de una fábrica de caramelos.

Hará unos meses (o sea, nada menos que unos cuarenta años más tarde), compré *El juguete rabioso* de la Colección Austral (1993), cuya edición preparó y prologó Ricardo Piglia. En la página 31 se lee: «Esta edición sigue la publicada por Editorial Latina en octubre de 1926»; en la 36:

Enrique tenía catorce años cuando engañó al propietario de una fábrica de caramelos.

Los mecanismos de la memoria son imprevisibles. Al instante recordé que, en la edición de Fabril, no decía *propietario* sino *fabricante*.

¿Es posible –me pregunté– que, en la edición de Austral, alguna mano invisible le haya enmendado la plana a Arlt?

Como el único modo de saberlo era consultar el libro de la Editorial Latina, eso fue lo que hice (en la biblioteca del Colegio Nacional de Buenos Aires), y verifiqué que esa primera edición registra *propietario* y no *fabricante*.

De esto infiero que, revisadas las pruebas de la novela en la Editorial Latina, algún anónimo corrector, con buen criterio, eliminó *fabricante* y colocó *propietario*.

Entonces, ¿por qué reaparece *fabricante* en la edición de Fabril? La conjetura verosímil es que, en lugar de reproducir el texto de Latina, esta edición volvió a basarse en el original de Arlt, donde, claro está, el vocablo *fabricante* no había sido reemplazado por *propietario*.

2. Buhardilla en el zaguán

El primer párrafo de la novela dice:

Quando tenía catorce años me inició en los deleites y afanes de la literatura bandolerisca un viejo zapatero andaluz que tenía su comercio de remendón junto a una ferretería de fachada verde y blanca, en el zaguán de una casa antigua en la calle Rivadavia entre Sud América y Bolivia.

Puesto que Sud América es la actual Artigas, la acción se sitúa a cien metros de la plaza Juan Martín de Pueyrredón, en el corazón del barrio de Flores.

Desde luego, si el taller del remendón funcionaba en las reducidas dimensiones de un zaguán, no podía ser otra cosa que un *cuchitril* (como lo denomina Arlt en el segundo párrafo). En el decimoquinto, lo llama *mansarda*:

En la mansarda, apestando con olores de engrudo y de cuero [...].

¿Qué cosa es una *mansarda*? El DRAE nos informa:

mansarda. (Del fr. *mansarde*, y este de *F. Mansart*, 1598-1666, arquitecto francés que generalizó su uso y a quien se le atribuye erróneamente la invención). f. **buhardilla**.

Creo que Arlt pensó el vocablo *mansarda* –de lúgubre sonido– como sinónimo de *cuchitril*, *tugurio*, *sucucho*, *espelunca* o cualquier otro término que dé idea de cueva o agujero sórdido.

Ahora bien, como *buhardilla*, en su segunda acepción, significa *desván*, o sea (DRAE) «parte más alta de la casa, inmediatamente debajo del tejado, que suele destinarse a guardar objetos inútiles o en desuso», es evidente que ni el zaguán del zapatero andaluz ni ningún otro zaguán del mundo podrían disponer de una buhardilla o de un desván.

El zaguán perdura aún en las numerosas casas llamadas de los *albañiles italianos* (la media casa romana anterior a 1930), y, sin ninguna duda, el zapatero andaluz trabajaba en una casa de éstas: sin desván y sin tejado.

3. La mulata blanca y los gitanos necrófagos

Cuando se perpetra el robo en la biblioteca de la escuela, Enrique Irzubeta y Silvio Astier («los ladrones» del capítulo I) revisan los libros. Encuentran *Charles Baudelaire. Su vida*; Silvio lee en voz alta:

Yo te adoro al igual de la bóveda nocturna
¡oh! vaso de tristezas, ¡oh! blanca taciturna,
[...]
y vamos a los asaltos, vamos,
como frente a un cadáver, un coro de gitanos.

Baudelaire había escrito:

Je t'adore á l'égal de la voûte nocturne,
O vase de tristesse, ô grande taciturne,
[...]
Je m'avance à l'attaque, et je grimpe aux assauts,
Comme après un cadavre un choeur de vermisseaux,
[...].

Teodosio Muñoz Molina prologó y anotó otra edición de *El juguete rabioso* (Buenos Aires, Espacio, marzo de 1993). Como la versión española es absurda, Muñoz Molina aporta, al pie de la página 70, su propia traducción. Es evidente que *Je m'avance à l'attaque, et je grim-*

pe aux assauts tiene más afinidad con «me adelanto al ataque y trepo en los asaltos» que con «y vamos a los asaltos, vamos»; además, el vocablo francés *grande* no significa «blanca» sino «grande», y *vermisseaux* quiere decir «gusanos» y no «gitanos». Muñoz Molina comenta:

Resulta imposible imaginar a Baudelaire llamando «blanca taciturna» a la Duval, su amante mulata, a quien iban dirigidos estos versos.

Versos, por supuesto, carentes de sentido, lo que no impide que Silvio comente:

-Che, ¿sabés que esto es hermosísimo?

Muñoz Molina atribuye los dislates a «las pésimas traducciones que corrían en la época». Sin dejar de admitir tal posibilidad, creo que, en este caso puntual, el lector es más culpable que el traductor.

Por la fecha de publicación (1926) de la novela, supuse que Arlt citaba por la clásica traducción de Eduardo Marquina (*Las flores del mal. Poesías*, Madrid, 1905), traducción que, según creo, es la única anterior a *El juguete rabioso*.

En la biblioteca de la Academia Argentina de Letras pude consultar este libro y comprobé que las *Poesías* están «precedidas de una noticia biográfica por Teófilo Gautier», información que me remite al libro que Arlt mencionó como *Charles Baudelaire. Su vida*.

Luego verifiqué coincidencias y divergencias respecto de los cuatro versos consignados por Arlt. En la página 127 don Eduardo tradujo con estos alejandrinos:

Te adoro, como adoro la bóveda nocturna.
¡Oh, vaso de tristezas, oh, blanca taciturna!
[...]
Yo renuevo el ataque y los asaltos vanos,
como frente a un cadáver un coro de gusanos.

Vemos que son licencias de Marquina poner «blanca» por *grande* y, con el fin de encontrar rima para «gusanos», adjetivar con «vanos» a los asaltos.

En este punto, ya no me cabe la menor duda de que Arlt leyó el poema de Baudelaire en la edición madrileña de 1905. Por desgracia, citó sin verificarla, con desmemoria y error, y tal vez sin entenderla de-

masiado, la traducción de Marquina: el primer verso, con una ligera variante, reproduce la misma idea; el segundo es igual, con su injustificable «blanca»; «y vamos a los asaltos, vamos» es un decasílabo que se inmiscuye en los alejandrinos, y donde Arlt confundió el vano «vanos» de Marquina con una suerte de epanadiplosis entusiasta («vamos ... vamos»), con reminiscencias de estribillo futbolístico; en el último, los «gitanos» expulsaron a los «gusanos».

4. De cómo Silvio Astier nunca llegó a El Palomar

Como tengo acendrada afición a recorrer Buenos Aires y sus alrededores, a caminar, a andar en bicicleta y a viajar en todo medio de transporte público gozando del placer de mirar por la ventanilla, y como me encanta estudiar mapas y planos, y aprender los recorridos de trenes, colectivos y tranvías, no dejó de llamarme la atención el siguiente pasaje del capítulo III:

«Se necesitan aprendices para mecánicos de aviación. Dirigirse a la Escuela Militar de Aviación. Palomar de Caseros».

—Sí, tomas el tren a La Paternal, le' dices al guarda que te baje en La Paternal, tomas el 88. Te deja en la puerta.

Quien lee el aviso en el diario es Silvio Astier; quien le brinda las indicaciones del itinerario es su vecina, la señora Rebeca Naidath (o Naydath o Naidach).

Según se informa al principio del capítulo II,

Como el dueño de la casa nos aumentara el alquiler, nos mudamos de barrio, cambiándonos a un siniestro caserón de la calle Cuenca, al fondo de Floresta.

Ahora bien, como la estación Floresta pertenece a la línea del Ferrocarril Oeste (más tarde línea Sarmiento) y como la estación La Paternal pertenece a la línea del Ferrocarril Pacífico (más tarde línea San Martín), lo cierto es que no hay manera de tomar en Floresta un tren que vaya a La Paternal.

Creo que en la indicación suministrada por la señora Rebeca a Silvio Astier se deslizó un error (más bien, un *lapsus*) que sobrevivió en